

CLAVES PARA NAVEGAR ENTRE LA CONSOLACIÓN Y LA DESOLACIÓN [313-325]

Plática – 2025

Vamos a contemplar en este momento eso que San Ignacio llama las **Reglas de Discernimiento de Espíritus**, que son una serie de documentos que trae el libro de los Ejercicios justo al final del libro, y que están puestos para instruir a las personas en la vida espiritual para saber cómo manejarse. Nos ayudan a conocer este mundo del espíritu en el que muchas veces vamos un poco desconcertados.

Esto del discernimiento no es algo que San Ignacio haya inventado. En la Carta a los Romanos, ya San Pablo dice que no nos acomodemos a este mundo, sino que aprendamos a discernir lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto. A la hora de acercarnos al Señor ver cuál es su Voluntad (**cf. Rom 12, 2**).

En la Carta a los Efesios, que es la carta en la que San Pablo declara la guerra a la mundanidad -una carta impresionante-, en el capítulo 5 les habla a los Efesios de cómo antes eran tinieblas y ahora son luz en el Señor, y tienen que discernir qué es lo que le agrada al Señor.

En las Cartas de San Pablo ya está este discernimiento de espíritus.

Por ejemplo en la Carta a los Gálatas san Pablo discierne muy bien cuáles son los frutos de la carne y el fruto del espíritu. Es muy importante distinguir los frutos de la carne del fruto del espíritu para aprender a reconocer por dónde nos va llevando el Señor.

San Ignacio formula este discernimiento de espíritus para la primera semana. Es muy importante entender que significa la primera semana. La primera semana es un tiempo de **reforma de vida**, o sea una vida que está muy desordenada y que tiene que empezar a ordenarse.

Para la primera semana, donde está esa “reforma de la vida” san Ignacio propone catorce reglas, en las que va ordenando la vida interior.

REGLAS DE DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS PARA LA PRIMERA SEMANA

El modo de enunciarlas me parece que es muy sintomático. Al hablar de las reglas dice San Ignacio:

[313] REGLAS PARA EN ALGUNA MANERA SENTIR Y COGNOSKER LAS VARIAS MOCIONES QUE EN LA ANIMA SE CAUSAN: LAS BUENAS PARA RECIBIR, Y LAS MALAS PARA LANZAR; Y SON MAS PROPIAS PARA LA PRIMERA SEMANA.

El título nos ayuda ya muchísimo, porque es: «**reglas para en alguna manera sentir y cognosker**». Uno va con la humildad propia de quien sabe que está en el campo del espíritu

que no controla tanto (a nosotros nos encanta poder controlar al espíritu, pero al espíritu no se le controla), y uno se coloca con esa humildad, con esa sencillez del que entiende que en el mundo de lo espiritual uno va tanteando como el que cruza un vado, va tanteando y va viendo que “es por aquí”. Cuando ve que no da marcha atrás, entra por otro lado, vá poco a poco tanteando. Por eso san Ignacio dice «en alguna manera sentir y cognoscer».

No es solamente una cuestión intelectual. Es muy bonito cuando san Ignacio habla del «conocimiento interno de Cristo para que más le ame y le siga» [cf 104] por ejemplo. O en la contemplación para alcanzar amor, para que pueda “internamente reconocer”, o sea que caigamos en la cuenta de lo que nos ha dado el Señor, pero internamente reconociéndolo, reconocerlo con el corazón. Muchas veces queremos conocer intelectualmente, pero el conocimiento intelectual entretiene a la mente, pero no cambia la vida. Es conocer de corazón para «en alguna manera sentir y cognoscer». Es el corazón el que descubre el afecto -el afecto, que es lo profundo del corazón, eso que decía Mendizabal, donde va el corazón cuando lo dejas suelto-, el corazón reconoce por dónde va el buen espíritu y por dónde va el mal espíritu, «se tienen que conocer las varias mociones que en el anima se causan».

Esto es muy interesante, porque quiere decir que mi corazón es un campo de batalla entre el bien y el mal. **Yo no soy el que provoco estas mociones**, estos movimientos dentro de mí, sino que en el alma se causan estas mociones. De alguna manera alguien provoca en mí todas esas mociones. En el fondo es reconocer que somos campo de batalla. Esto es una percepción tan ignaciana..., somos campo de batalla entre el bien y el mal.

Esto es importantísimo, porque uno tiene que entender que las cosas que hay en mí no son mías hasta que yo no las hago mías. O sea puede ser una influencia del buen espíritu o puede ser una influencia del mal espíritu, pero si yo no la hago mía yo todavía no he sido.

Por ejemplo, “a uno le viene” un sentimiento de miedo, “me ha venido”, “he sentido miedo”. Sentir miedo no es lo mismo que tener miedo. Si a mí me viene el sentimiento de miedo se me encoje el corazón, y si yo me sobrepongo no pasa nada. Pero si me viene un sentimiento de miedo y yo lo hago mío, se establece en mí. Ya “tengo” miedo, ya sí lo hago mío.

[De la misma manera] si a uno le viene una buena intención y no la pone en práctica no ha sido bueno, ha tenido una buena intención, le ha venido una buena intención, pero no ha sido bueno.

«Para sentir y conocer las varias mociones que en el ánima se causan», es caer en la cuenta internamente, conocerlas e interpretarlas, para luego poder conducirnos en función de eso. ¿Cómo? Aprovechándose de las buenas mociones y rechazando y apartándose de las malas mociones.

La primera semana es un momento de **replanteamiento de lo fundamental**. No tiene por qué ser temporal esto de “primera semana”, sino tiempo de **conversión**, de **decisión fundamental por Jesucristo**. Es un tiempo quizás de menos espontaneidad en el seguimiento del Señor y menos connaturalidad, donde hay que mirar más la propia vida.

Se distinguen cuatro grupos de reglas: **las dos primeras** que simplemente marcan el punto de partida en el que uno se encuentra, como la base para interpretar el presupuesto hermenéutico de las reglas de discernimiento de espíritus: “en qué punto estoy”. Esto es importantísimo, esto es como en el GPS, si primero no sabe dónde está, nunca me sabrá llevar a donde tengo que ir. Tengo que partir de un punto, de una ubicación lo más certera posible, lo más exacta posible. ¿En qué punto estoy?

Las dos siguientes **tercera y cuarta**, es la descripción de las mociones fundamentales que son la consolación y la desolación. Quizá habría que ponerlas con el apéndice de la novena ya que indica las causas de por qué uno está en desolación.

En el tercer grupo, **de la regla cinco a la once**, que son el modo cómo comportarse tanto en la consolación como en la desolación.

Las últimas tres reglas son para describir la táctica del enemigo.

En resumen:

- 1º) El presupuesto hermenéutico, punto de partida.
- 2º) Las mociones fundamentales que en el alma se causan: consolación y desolación.
- 3º) modo de comportarse.
- 4º) táctica del enemigo.

REGLAS

Las dos primeras reglas son muy sencillas:

[314] 1ª regla. La primera regla: en las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados; en las cuales personas el buen espíritu usa contrario modo, punzándoles y remordiéndoles las conciencias por el sindérese de la razón.

[315] 2ª regla. La segunda: en las personas que van intensamente purgando sus pecados, y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo, es el contrario modo que en la primera regla; porque entonces propio es del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos inquietando con falsas razones, para que no pase adelante; y propio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante.

¿De dónde partes? ¿Cuál es el punto de partida? ¿Cómo se encuentra la persona?

Puede haber dos puntos de partida distintos:

a) Uno el que va de pecado mortal en pecado mortal. Es una situación de abandono espiritual, ya está metido en tantos vicios, está en pecado de tal manera que ni siquiera se entera. Quizá tampoco la situación es tan objetiva, a lo mejor no se ve. Es un tiempo como de mayor infidelidad, esa infidelidad funcionando en distintas áreas, es como un estancamiento, poca atención al espíritu, etc.

Dependiendo de la situación en la que se encuentra cada persona así actúan los espíritus. El que está de pecado mortal en pecado mortal, evidentemente el mal espíritu le anima, le consolida porque ya está, (va de pecado mortal en pecado mortal, pues fenomenal). El buen espíritu le remuerde la conciencia, le inquieta, piensa que no está haciendo todo bien.

b) El que va de bien en mejor subiendo, es justo al revés. El que está queriendo hacer la voluntad de Dios, buscando al Señor, trabajando su vida espiritual, luchando contra los vicios. Ése camina en el espíritu, y por tanto el buen espíritu le animará y el mal espíritu le inquietará y le pondrá dificultades y le hará pensar: “tú no vas a resistir, esto va a ser imposible...”

Es muy importante cuando uno se plantea la vida interior ¡muy importante!, que cada uno piense en donde está, porque depende de cómo está cada uno, así actúa de modo diverso el espíritu. Es muy importante eso, ¿en qué punto me encuentro? ¿Cuál es el punto de partida? Y esto, de la manera más objetiva. A mí me gustaba mucho cuando estábamos en el seminario cómo se nos invitaba a hacer el proyecto personal de vida. Primero había que hacer la descripción de donde está uno, y hacerlo a lo largo de varias semanas o de varios días para que fuese lo más objetiva posible, para que no sea un fervorín. Nosotros funcionamos muchas veces por fervorines, por impulsos, y entonces me creo que estoy de bien en mejor subiendo y no, no me estoy buscando a mí mismo. Es poner a la luz cuál es el punto de partida intentando que cada vez sea lo más objetivo posible.

CONSOLACIÓN

Una vez que dice esto san Ignacio se mete -en el segundo grupo de reglas- a describir cuáles son las dos mociones básicas que en el alma se causan. Quizá es de lo más importante. Hemos oído hablar mucho de ello y hay que tenerlo claro. Dice:

[316] 3ª regla. La tercera de consolación espiritual: llamo consolación quando en el ánima se causa alguna moción interior, con la qual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor, y conseqüenter quando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas. Assimismo quando lanza lágrimas motivas a amor de su Señor agora sea por el dolor de sus peccados, o de la pasión de Christo nuestro Señor o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza; finalmente, llamo consolación todo aumento de esperanza, fee y caridad y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propria salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor.

Está perfectamente dicho. Es una moción que en el alma se causa. Es causada, me viene dada, no es una “emoción”, ni una “ilusión psicológica”, no, no, es una moción del espíritu, es una moción del Espíritu, una moción del Espíritu Santo en la persona. Él es el Consolador. el Espíritu es el que consuela a la persona, y la acción primera y fundamental del Espíritu Santo es consolar. Cristo resucitado tiene el oficio de consolar. ¿Qué es consolar?: fortalecer al alma en ese camino hacia Dios.

La consolación no la provocamos nosotros por ningún método. No es que yo ahora decido: “voy a tener consolación”. De hecho, hay que tener mucho cuidado, porque pretendemos forzar la consolación, y cuando hacemos eso no distinguimos la consolación

de la emoción. Una emoción así pasajera no es la consolación, es otra cosa muy distinta. Es un movimiento del Espíritu que se provoca en la persona. Tiene que ver con la acción de Dios, es Él quien lo provoca.

La consolación es un estado que tiende a las cosas celestiales, es un estado en el que la Fe, la Esperanza y la Caridad, es decir la unión con Dios se percibe, se siente, incluso a veces con esa manifestación exterior que son las lágrimas que mueven a amar más a Dios. Es una facilidad con lo divino, una situación anímica como de pacificación, de quietud, de alegría, de serenidad, de paz. Pero no es solo una situación psicológica de bienestar, no, no, no es una “alegría de vivir”, es otra cosa.

Puede haber una consolación tipo psicológico o fisiológico pero no es consolación de Dios que es un asunto espiritual donde uno queda “atraído” –creo que ésta es la clave_ hacia las cosas del cielo, hacia las cosas espirituales. Es muy bonito cómo lo explica san Ignacio, y dice tres cosas sobre la consolación:

- cuando en el ánimo se causa alguna moción interior, con la qual viene la ánimo a inflamarse en amor de su Criador y Señor.

O sea el corazón siente una **inflamación en el amor de Dios**, se siente lleno del amor de Dios, y eso lo que hace es que todas las cosas sean valoradas en función del amor de Dios, me llevan al amor de Dios, siento en ellas el amor de Dios, las quiero porque me recuerdan el amor de Dios. Por eso dice: «**cuando ninguna cosa sobre la faz de la tierra puede amar en sí misma sino en el Creador de todas ellas**».

Al final, es una sensación en la que se percibe ese amor de Dios que nos acorrala y todo parece hablarme de ese amor de Dios, todo parece llevarme a ese amor de Dios.

- Asimismo cuando lanza lágrimas motivadas a amor de su Señor ahora sea por el dolor de sus peccados, o de la pasión de Christo nuestro Señor o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza;

Cuando **surgen las lágrimas** que nos llevan a amar más al Señor, tanto cuando es por dolor de sus peccados, cuando es por la contemplación de los misterios de la vida de Cristo especialmente de la Pasión. Ojo, que no es solamente un “movimientillo de estremecimiento” ante el dolor. A veces lo que buscamos evocar en Semana Santa en los niños es la lástima “¡Ay! Pobrecito Jesús”. Eso no es consolación.

Es cuando uno contempla de corazón la Pasión del Señor con todo su dramatismo y eso le encoge el corazón, le conmueve y le lleva a amar más al Señor.

- todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánimo, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor.

Es todo aumento de fe, esperanza y caridad, y toda alegría interior que llama y atrae a las cosas Celestiales y a la propia salvación del alma, agitándola y pacificándola en el Creador y Señor.

Es el aumento de Fe, Esperanza y Caridad. Es un momento en el que uno experimenta un fortalecimiento de la vida de Dios, de las virtudes teologales, de la relación con Dios. Y ese fortalecimiento de la relación con Dios -de la Fe, la Esperanza y la Caridad- “le viene”. No es que uno lo provoque. “Ay qué lindo este texto que me ha llevado a tener más fe”. No, no es esto. Es como que dentro de mí noto una intensidad no provocada, ya sea de esperanza, de fe, de amor de Dios, que me lleva a amar más las cosas del cielo que las de la tierra, a despegarme de las cosas de la tierra: «**todo aumento de fe, esperanza y caridad y toda alegría interior que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salvación del alma**». Esa intensificación de la fe, esperanza y caridad le lleva a uno a buscar su salvación y la vida de Dios por encima de todas las cosas, y ese anhelo de las cosas del cielo y de la salvación propia aquietan, pacifican el alma y uno se queda como con el corazón ensanchado, con el corazón alegre, pacificado, suave.

DESOLACIÓN

¿Qué es la desolación? Pues, todo lo contrario.

[317] 4ª regla. La cuarta de desolación espiritual: llamo desolación todo el contrario de la tercera regla; así como oscuridad del ánimo, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones moviendo a infidencia (falta de fe), sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia triste y como separada de su Criador y Señor. Porque así como la consolación es contraria a la desolación, de la misma manera los pensamientos que salen de la consolación son contrarios a los pensamientos que salen de la desolación.

Así como en la primera era como un ensanchamiento del corazón que tiende hacia Dios, aquí es justo lo contrario, parece como que el corazón se encoge y le repugna lo divino, lo rechaza, no le apetece, lo divino no le gusta, no tira de él para arriba. A la vez se siente como con el corazón seco y nada le conmueve, nada le dice nada. Puede leer el Evangelio o las manifestaciones más fuertes de la Pasión, que parece que le dejan indiferente. Uno siente una cierta indiferencia hacia lo de Dios. Y a la vez parece como que se le enflaquece la fe, la esperanza y el amor y ya no está uno tan pacificado en el amor de Dios, sino que va encontrando pacificación en la mundanidad, y parece que justo lo contrario las cosas de Dios no le gustan a uno, uno prefiere fortalecerse en la mirada mundana sobre las cosas.

Es muy interesante, porque uno puede preguntarse: “vista así es mucho más fácil, mucho más deseable la consolación”. Yo te diría: puede que sí y puede que no. Lo interesante no es si me viene mejor tener consolación o desolación, porque parece que uno prefiere consolación, no, no. Santa Teresa de Jesús cuando hacía esa poesía «Vuestra soy, para Vos nací, ¿Qué mandáis hacer de mí?» ella dice: «dad consuelo o desconsuelo», es decir, “yo quiero lo que Dios quiera”. Lo importante es que cuando venga la situación que sea, que yo sepa cómo manejarme en ella. Primero sepa reconocer donde estoy, segundo sepa no dejarme manejar por ella y sepa quien se me está acercando. Esto es muy interesante, porque si yo sé hacer eso da igual, consuelo o desconsuelo da igual, lo importante es seguir avanzando hacia Jesucristo, mantenerse en la unión con Dios. Si yo no sé, esto es la crisis, no sabré como conducirme y estaré dando palos de ciego y eso será lo peor que me puede pasar.

El reconocer en qué punto me encuentro ¡es tan fundamental!, que el Señor me haga ver hacia dónde camino. Ésto es verdaderamente importante.

Una vez que sé que es la consolación y que es la desolación hay que aprender cómo manejarse. Sin duda es muy importante entender que la desolación es más incomoda que la consolación. En la consolación uno se siente más cómodo, pero depende, porque si me encuentro de bien en mejor subiendo la consolación es más cómoda, pero si me encuentro yendo de mal en peor, la consolación puede que no sea tan cómoda y que el buen espíritu entre consolando pero “pinchando” la conciencia.

Reglas sobre cómo manejarse en la desolación:

Algunas de ellas son muy conocidas, pero sesgadamente conocidas.

Son: la primera la de perseverar, la segunda la de mudarse, la tercera la de la confianza y la cuarta la de la paciencia.

1) (5º) la regla de **perseverar** -que es muy interesante-, es una regla que se ha citado mucho, pero sesgadamente. Dice:

[318] 5ª regla. La quinta: en tiempo de desolación nunca hacer mudanza mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación. Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consexos no podemos tomar camino para acertar.

No es solamente quedarse quieto, sino perseverar en la actitud que tenía uno en la consolación anterior o en el día precedente a la tal desolación: **perseverar, mantenerse, estar firme y constante en la determinación y propósitos que estaba el día antecedente a la desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación.**

Nunca hacer mudanza, porque en tiempo de desolación no es el buen espíritu el que me influye, es el mal espíritu, y ahí uno no debe tomar decisiones precipitadas, ¡que muchas veces lo hace!. Muchas veces en tiempos de desolación mudamos los propósitos, cambiamos los propósitos. Aunque sea difícil, lo más prudente siempre es esperar en la desolación, mantenerse firme. Tener la certeza de que uno ha elegido bien -cuando llega la desolación-, porque muchas veces una pequeña confusión, desolación o contrariedad nos hace tambalearnos.

No mudar decisiones importantes que se hayan tomado en el tiempo de la consolación. Lo prudente es esperar. Esta regla se trasgrede muchísimas veces y se cambian decisiones muy serias que uno no debería nunca alterar porque de esas decisiones depende el camino de la vida.

2) (6º) La siguiente regla es la regla de “*agere contra*”, del mantenerse firme en lo contrario.

[319] 6ª regla. La sexta: dado que en la desolación no debemos mudar los primeros propósitos, mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, así como es

en instar más en la oración, meditación, en mucho examinar y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia.

Mudarse, **cambiar yo contra la tal desolación**, contra lo que me viene en la desolación. Al demonio le da igual la “sensación” de la desolación, eso le da igual. Lo que busca es que uno suelte la mano de Dios, que uno tire la toalla, que uno no continúe con los primeros propósitos. Es muy fácil abandonar y abandonar creyendo que encima uno está dando gloria a Dios porque: “realmente esto no es tan importante”, “lo otro tampoco es tan importante” ... va haciendo caer todas las cosas y lo que había empezado muy bien tirando hacia la santidad acaba siendo un desastre, porque uno va “tirando” todos los primeros propósitos.

Los primeros propósitos no se pueden mudar, lo hemos visto en la regla quinta, no hacer mudanza. Ya que no puedes mudar los primeros propósitos y tienes que mantenerte, **cambia tú contra la tal desolación**. Aquí hay una cosa muy interesante que decía Luis María Mendizabal y es que nosotros solemos decir que el corazón no se puede educar y eso es falso, porque formulado un sentimiento tiende a crearlo. Si yo cada mañana me levanto y digo: “que gozada de día, Señor, muchas gracias”, llega un momento donde mi primer pensamiento nada más abrir los ojos -incluso que ya brota del afecto- es: “que gozada de día Señor, muchas gracias”.

Pero si yo no he cambiado eso, yo no me he forzado a mí mismo contra la tal desolación entonces será muy difícil, muy complicado. Mudarse uno mismo, insistir en la oración, meditación...

No recuerdo que santa decía “yo cuando me pongo a rezar siempre digo: ¿que no sales en una hora?, pues voy a hacer dos”. Aunque sea por aburrimiento, el Señor saldrá. Eso es muy bonito. Persevero aquí y me cambio yo, antes hacía una hora de oración y siento últimamente como el deseo de salir corriendo: ¡voy a hacer el doble!. Al hacer eso, Dios responde, porque formular un sentimiento tiende a crearlo.

3) (7º) La séptima regla es la de la **confianza**:

[320] 7ª regla. La séptima: el que está en desolación, considere cómo el Señor le ha dexado en prueba en sus potencias naturales, para que resista a las varias agitaciones y tentaciones del enemigo; pues puede con el auxilio divino, el qual siempre le queda, aunque claramente no lo sienta; porque el Señor le ha abstraído su mucho hervor, crecido amor y gracia intensa, quedándole tamen gracia suficiente para la salud eterna.

«Siempre te queda gracia suficiente para la salvación eterna», entonces ten confianza. Dios y tú seguís siendo mayoría. A veces parece como que todo se viene abajo, que parece que... ¡fenomenal!, Dios y tú seguís siendo mayoría.

Esta séptima regla lo que hace es considerar la raíz por la que se causa la consolación y la desolación. La mayor parte de las veces es porque es una situación de **prueba**, no de perdición. De prueba. Dios no nos ha abandonado. Dios nos permite que crezcamos en la desolación, y le toca a Él luchar por mí. Pero si uno confía, porque sé que el Señor está ahí, aunque yo sienta lo contrario, aunque parezca que la realidad me dice lo contrario, siempre sigue siendo verdad que Dios y yo somos mayoría, y que con Dios puedo afrontar cualquier

dificultad, cualquier sensación de postración y puedo salir fácilmente de ella porque tengo la gracia suficiente para luchar contra tal desolación para la salvación eterna.

4) (8º) La última regla es muy parecida.

[321] 8ª regla. La octava: el que está en desolación, trabaxe de estar en paciencia, que es contraria a las vexaciones que le vienen, y piense que será presto consolado, poniendo las diligencias contra la tal desolación, como está dicho en la sexta regla.

Parte de esta certeza de que Dios no nos abandona nunca. Esto me parece que es grande. Cuando me llega el momento de la tentación -porque el diablo siempre viene a provocar una tentación-, uno tiene que pensar: **Dios nunca me ha abandonado**, nunca, nunca. Y si Dios nunca me ha abandonado, no hay nada que me pueda suceder que no tenga solución, porque todo viene de Dios. Por eso es muy importante tener esa paciencia del que sabe que mi Padre es Dios y que mi Padre controla el mundo y si yo me abandono con humildad en sus manos “*Deus facit*”, lo propio de Dios es hacer el “*homo fit*” el hombre es hecho.

Uno se pone delante del Señor para ver por dónde me va llevando el buen espíritu y el mal espíritu y para ver cómo conducirme ante el buen espíritu y ante el mal espíritu.

Causas de la desolación

La desolación nos viene de dos maneras. Una inocentemente, otra culpablemente.

[322] 9ª regla. La nona: tres causas principales son por que nos hallamos desolados: la primera es por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales, y así por nuestras faltas se alexa la consolación espiritual de nosotros; la segunda, por probarnos para cuánto somos, y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias; la tercera, por darnos vera noticia y cognoscimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación espiritual, mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor, y porque en cosa ajena no pongamos nido, alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o gloria vana, atribuyendo a nosotros la devoción o las otras partes de la espiritual consolación.

1º causa: la primera es por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales, y así por nuestras faltas se alexa la consolación espiritual de nosotros

Claro, tibios negligentes y perezosos... con mi comportamiento yo le estoy diciendo a Dios lo que opino de sus dones. Si yo recibo un don que nunca he cuidado, nunca he querido cuidar, Dios que es muy bueno me lo acabará quitando porque yo no lo valoro.

La tibieza es una de las causas principales por las que uno vive en desolación. La tibieza provoca desolación y la desolación provoca tibieza. Uno va retroalimentándose y no termina de despertar y de salir de ahí.

Esta primera es una desolación culpable, la segunda y la tercera es desolación inocente.

2º causa: la segunda, por probarnos para cuánto somos, y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias;

El primer caso de la desolación inocente es porque Dios quiere ver si le queremos a Él o a “sus caramelitos”. Siempre pongo este ejemplo de las abuelas: las abuelas siempre tienen su bote de “chuches” junto a ellas, y el nieto cuando viene, viene corriendo a saludar a la abuela. La abuela está encantada porque le quiere mucho el nieto. Si la abuela deja el bote de chuches lejos de ella, al otro lado, veremos si van a saludar a la abuela, si quieren más las chuches de la abuela que a la abuela de las chuches.

La desolación nos viene para ver si quiero al Dios de los dones o los dones de Dios, que no es lo mismo. Los dones de Dios al final acaban provocando en nosotros una relación con Dios muy enclenque, muy floja.

3º causa: la tercera, por darnos vera noticia y cognoscimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación spiritual, mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor, y porque en cosa ajena no pongamos nido, alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o gloria vana, atribuyendo a nosotros la devoción o las otras partes de la spiritual consolación.

En éste caso lo que viene a decir es que la consolación viene directamente de Dios, que no es un producto de mis condiciones, ejercicios, práctica, o lo que sea, sino que viene de Dios. Por tanto no soy yo el que la provoco, sino que tengo que acogerla con humildad, sabiendo que viene de Dios y el corazón por tanto lo tengo que poner en Dios, no en la consolación.

Reglas sobre cómo manejarse en la consolación:

La primera regla es la de la **prudencia**. La segunda es la de la **humildad**.

[323] 10ª regla. La décima: el que está en consolación piense cómo se habrá en la desolación que después vendrá, tomando nuevás fuerzas para entonces.

Yo estoy en consolación, pero sé que [después] va a venir la desolación, porque la vida es consolación-desolación. En consolación hay que fortalecerse. Mi primer director espiritual me decía siempre “recuerda los momentos en los que el Señor tocó tu corazón, en los de primer enamoramiento, para que cuando venga la desolación puedas hacerte fuerte en ellos”. Es “almacenar”, sabiendo que consolación y desolación las dos pasarán, que lo único que no pasa es el Señor, y que lo demás pasa de largo.

Es la regla de la prudencia, “hago acopio” para que cuando la consolación pase, el experimentar la dificultad no me lleve a tirar la toalla, sino que me hace recordar cómo se ha portado el Señor conmigo.

[324] 11ª regla. La undécima: el que está consolado procure humiliarse y baxarse quanto puede, pensando quán para poco es en el tiempo de la desolación sin la tal gracia o consolación. Por el contrario, piense el que está en desolación que puede mucho con la gracia sufficiente para resistir a todos sus enemigos, tomando fuerzas en su Criador y Señor.

Pensemos lo frágil que es y lo fácil que es que caiga. Es la humildad. Es entender que yo sólo puedo acoger con sencillez lo que me viene, pero que tampoco lo provoco yo. No, no, lo acojo y ya está.

Reglas sobre el modo de proceder del enemigo.

La regla doce, en este mundo absurdo en el que vivimos, dentro de poco la quitarán porque les parecerá que es un horror decir esto. No sé cómo eran las vascas de la época de san Ignacio de Loyola. Sé cómo era su cuñada, doña Magdalena, que cuando San Ignacio pidió libros de caballería le dio el “*Flos sanctorum*” y “*La vida de Cristo*” y San Ignacio no se atrevió a rechistar y, gracias a doña Magdalena hemos tenido el gran hombre que ha sido en la historia San Ignacio de Loyola.

[325] 12ª regla. La duodécima: el enemigo se hace como muger en ser flaco por fuerza y fuerte de grado; porque así como es propio de la muger, quando riñe con algún varón, perder ánimo, dando huída quando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza a huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la muger es muy crecida y tan sin mesura; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo, dando huída sus tentaciones, quando la persona que se exercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo haciendo el oppósito per diametrum; y por el contrario, si la persona que se exercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana, en prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia.

Esta regla es muy interesante: al diablo si se le planta cara se acobarda. Es miedoso por naturaleza y sabe que somos hijos de Dios, por eso él nos tiene miedo y por eso él ladra, como un perrito de estos pequeñajos que son una birria, son como la vergüenza del mundo canino y viene ladrándote y tú lo miras con compasión y dices: -“¡pero si mido 40 veces más que tú!”.

¿Por qué ladra el perro? Porque él tiene miedo y sueña con que ladrándome me entre miedo a mí, de tal forma que él crece con mi miedo. El demonio es así, el demonio engorda con mi miedo. Si cuando viene el demonio yo le planto cara a lo bestia, sale corriendo. Si me empiezo a achantar el demonio crece por mi miedo. Si viene el demonio hazle frente a lo bestia, y sale corriendo.

[326] 13ª regla. La terdélma: assimismo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto: porque así como el hombre vano, que hablando a mala parte requiere a una hija de un buen padre, o a una muger de buen marido, quiere que sus palabras y suasionen sean secretas; y el contrario le displace mucho, quando la hija al padre o la muger al marido descubre sus vanas palabras y intención depravada, porque fácilmente collige que no podrá salir con la impresa comenzada: de la misma manera, quando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionen a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas quando las descubre a su buen confessor o a otra persona spiritual, que conosca sus engaños y malicias, mucho le pesa: porque collige que no podrá salir con su malicia comenzada, en ser descubiertos sus engaños manifiestos.

El demonio quiere mantener todo **en secreto** para poder salirse con la suya. En el fondo es mantener a la persona aislada para poder hacer lo que él quiere. Cada vez que alguien te

dice algo y te dice, “de esto no digas nada a tu director espiritual, no lo comentes en casa a tus padres, no digas nada...”, mal signo, eso viene del demonio, lo que no se puede comentar no se debe hacer, porque eso viene del enemigo. Por eso dice que es como un “vano enamorado”, que quiere mantener en secreto sus insinuaciones. Si guardamos en secreto las tentaciones es más fácil que el enemigo las lleve a cabo. En cambio, si se las descubrimos al director espiritual, a algún amigo, a algún familiar, el enemigo sale corriendo, porque sabe que no se puede salir con la suya.

[327] 14º La quatuordécima: *assimismo se hace como un caudillo, para vencer y robar lo que desea; porque así como un capitán y caudillo del campo, asentando su real y mirando las fuerzas o disposición de un castillo, le combate por la parte más flaca; de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes theologales, cardinales y morales; y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos.*

Es la regla de la **táctica**: el enemigo sale como un capitán que va dando vueltas en torno al campamento y busca el “punto débil”. Es la regla del punto débil, va buscando cual es el punto débil. El demonio me observa mucho y sabe cuál es mi punto débil, que suele ser siempre o de la soberbia, o del egoísmo o de la envidia. Lo que hace es irse a la otra punta a montar lio para que yo lleve todas mis fuerzas al otro lado y luego se cuele por el punto débil. Generalmente suele montar lio con las pasiones más naturales: la ira, la lujuria, la gula y la pereza. En una de estas cuatro monta lio, y uno está muy agobiado luchando contra esto y el demonio se nos cuele fácilmente por el otro lado.

Es muy importante que aprendamos a descubrir cuál es nuestro punto débil y a saber protegerlo para que el demonio no pueda entrarnos por ahí.

Estas son las reglas de primera semana: cómo funciona el buen espíritu, cómo funciona el mal espíritu, como son las mociones dentro del alma, y terminan con descubrir la táctica del enemigo para que no se nos cuele.

Es muy importante estar siempre en guardia, tomándose el pulso para que el diablo no nos pueda vencer, para que el diablo no nos pueda coger desprevenidos.

Saber siempre en que punto estoy, que es lo que me está pasando, si es consolación o desolación, como manejarme en una, como manejarme en la otra y cuando se acerca el enemigo ser capaz de delatarlo para que no se salga con su intención. El demonio lo que busca siempre es destruir la obra de Dios en mí, apartarme del Señor, y para eso va a utilizar todas las armas que pueda, con tal de destruir la obra de Dios en mí.

Es muy interesante que uno tenga la fortaleza, la claridad y la inteligencia suficiente con el corazón para desenmascarar al enemigo y no dejarle que se salga con la suya, sino volver siempre al Señor, permitiendo que sea el Señor el que vaya ordenando mi vida. O sea que yo me encuentre con Cristo y que este encuentro con Cristo sea el criterio fundamental que subordine todo lo demás a Él.

Ojalá el Señor nos ayude a aplicar estas reglas y a saber acertar a la hora de ver por dónde nos lleva el buen espíritu y el mal espíritu.

Gloria al Padre...